

DOMINGO 17 T.O. CICLO B (26 de julio 2015)

Lo que Jesús ha unido no lo separemos nosotros: evangelio y economía de la fraternidad, para conseguir la comunicación universal de bienes. Palabra sin economía, pura ideología; pan sin evangelio, "caridad" clasista.

VER

Vamos a fijarnos en aquellos hermanos nuestros que han querido acompañar con su vida la infame realidad de los excluidos y marginados, de los olvidados y descartados... vueltos ellos mismos uno más de los empobrecidos y vejados del mundo obrero...

Hermanos nuestros que mantienen en el primer plano la realidad de los oprimidos de la tierra, que transparentan la presencia de Dios en esta historia de dolor y lucha, historia ya cansada de tanta injusticia; que combaten la idolatría de este sistema económico "mentiroso y criminal"...

Es verdad: La vida y la muerte de las personas concretas, en especial de quienes se encuentran en los márgenes y fuera del orden económico mundial económico, cultural y político, son pasadas por alto por esta sociedad idólatra del dinero, se vuelven

invisibles, desapareció el sufrimiento de los pobres, son vidas prescindibles... pañuelos de papel tirados en la calle...

Pero **obreros cristianos son**, por eso se involucran con Jesús contra esta realidad de sufrimiento e injusticia que es nuestro pan cotidiano; por eso se comprometen en las luchas del pueblo; por eso participan en los anhelos de vida que surgen del corazón de los obreros explotados. Y lo hacen dejándose llevar por la gracia incontenible que les habita...

Fuera de los límites de esta sociedad pagana salen al encuentro de sus hermanos pequeños, para realizar con ellos, **el sueño comunitarista de Jesús**. Ellos no pasan de largo, perdidos en falsos rezos, extasiados en altas teorías, ante el dolor del malherido en el camino de esta infame «civilización del descarte». Samaritanos como tú, ya uno de ellos, cargan en tu nombre a los que la injusticia masacra cada día: los silenciados y olvidados, los desocupados y desamparados, los desahuciados, las desempleadas y extranjeras... ¡la inmensa muchedumbre de los trabajadores sin trabajo!

DEVOLVER EL EVANGELIO AL PUEBLO

Personajes comodones suelen decirnos: «dedíquense al apostolado y... prescindan de lo social». Señor, hasta aquí llegó la mixtificación capitalista, hasta hacer de ti un salvador de "ánimas" y no de hombres. Veo que los que preconizan una religión... sin lo social, son los que tienen asegurado bienestar, privilegios y lujos. Su espiritualidad se llama "inmunda sordidez del egoísmo".

Cuando contemplo familias desahuciadas, sin hogar, viviendo en condiciones indecentes, con salarios indignos; cuando en virtud de razones financieras, especulativas, se aplasta a mis hermanos trabajadores... no valen predicaciones de resignación prostituida, ni paciencia cómplice. Allí en nombre de Cristo hay que protestar e imponer la justicia. ¡Es el Credo mismo quien me convierte en anticapitalista!

¿Cómo fue posible, Jesús, que tu doctrina fuese tan manipulada por los explotadores?
¿Cómo ocurrió que tu doctrina se la robaron al pueblo?

Señor, una vez más, nos comprometemos a devolver tu evangelio a los pobres. No podemos descansar mientras exista la miseria... ¡mientras aún tengamos que pedir la venida de tu reino!

EVANGELIO (Mc 6, 35-44)

«Y como se hacía muy tarde, los discípulos se acercaron a decirle: El lugar está despoblado y ya es muy tarde. Despídelos para que vayan a los campos y aldeas del entorno y se compren para comer. Y respondiéndoles les dijo: dadles vosotros de comer. Ellos les contestaron: ¿Cómo vamos a comprar nosotros pan por valor de doscientos denarios para darles de comer? Él les preguntó: ¿Cuántos panes tenéis? Id a ver. Cuando lo averiguaron, le dijeron: Cinco panes y dos

peces. Y les mandó que se reclinaran todos por grupos de comida sobre la hierba verde, y se sentaron en corros de cien y de cincuenta. Él tomó entonces los cinco panes y los dos peces, levantó los ojos al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los fue dando a los discípulos para que los distribuyeran. Y también repartió los dos peces para todos. Comieron todos hasta quedar saciados, y recogieron doce canastos llenos de trozos de pan y de lo que sobró del pescado. Los que comieron los panes eran cinco mil hombres».

La enseñanza de Jesús a las multitudes ha sido gratuita; los sermones, la catequesis, la formación militante... Pero darles de comer – es decir, tocar la dimensión económica de la vida–, ya es otra cosa, según los apóstoles: la comida material se debe pagar. Por eso, cada uno, después de haber oído la palabra, debe salir y comprarse su alimento en las aldeas vecinas. De esta forma todo queda como estaba: los que tienen dinero, comen; los que no tienen, se aguantan. ¿Praxis todavía actual en nuestras parroquias? Con las naturales excepciones, la fuerza de comunión universal ofrecida por Jesús queda así ignorada; los hombres siguen divididos en nivel de comida y bienes materiales, que cada uno ha de comprar conforme a su dinero.

No piensa así Jesús. La misma doctrina que él ofrece a todos lo lleva a compartir el pan, y por eso dice a sus discípulos: “Dadles vosotros de comer”.

Muchos de nosotros sabemos ser hermanos con respecto a ideas que **no** cuestan, compañeros de “opiniones”, pero al nivel económico nos hacemos grupo aparte, no sabemos, o no queremos, o no “podemos” unir la palabra y el pan compartido.

Antes (6,6b-13) eran los discípulos del Cristo quienes iban sin provisiones, ofreciendo la palabra sanadora a los necesitados, para quedar así en sus manos, esperando que ellos respondieran abriéndoles la mesa del pan y la casa. Ahora son los otros, los de fuera, los que buscan a Jesús, como ovejas sin pastor, sin pan ni provisiones; han de ser los discípulos de Jesús (la Iglesia) los que deben invitarlos a la mesa. Sólo en este contexto se puede hablar de familia mesiánica: cuando se comparte el pan y la palabra.

Por eso la iglesia ofrece en la eucaristía la palabra y la comida de Jesús, comida que se convierte en sacramento del Reino, ¡pues en la eucaristía «los discípulos y la muchedumbre necesitada» se *hacen* verdadera comunión social!

Frente a las comidas de los “pequeños grupos” de los buenos cumplidores; frente a los banquetes selectivos de los puros (fariseos) o los poderosos (ricos), Jesús banquetea con la multitud de los necesitados, en espacio universal de comensalía...

La eucaristía actual “normal” es para los bautizados y puros (es decir, confesados, separados de los malos); **esta** de Jesús es eucaristía universal, vinculando a todos en la única familia del pan y la palabra. ¿Cómo unir ambas eucaristías?

Lo que Jesús ha unido no lo separemos nosotros: la palabra del mensaje (evangelio) **y** la mesa o comida (economía de la fraternidad), para conseguir la comunicación universal de bienes. Palabra sin economía, pura ideología; pan sin evangelio, “caridad” clasista.

Este “banquete” de Jesús es de comida normal. Pan y pescado forman la dieta cotidiana de los trabajadores. Vino y carne son lujo costoso, comida de banquete festivo, ajena a la dieta del campo o de los pobres. Frente a esta comensalía ordinaria de panes y peces en campo abierto, se alza la eucaristía del pan y el vino en casa de iniciados del Reino. Sólo allí donde se empiezan compartiendo los panes y peces de la necesidad humana adquiere sentido la celebración sacral de la memoria de Jesús con pan y vino.

No es alimento que se compra, y que separa a ricos de pobres, sino pan y pescado de la vida diaria, que se comparte, gratuitamente (6,36-37). Suele decirse (¡pero es mentira!) que en el mundo faltan alimentos, que no existen bienes de consumo suficientes y se añade luego que resulta necesario el dinero. Esto implicaría que estamos condenados a la ley del mercado, donde todo se negocia. Así piensan los discípulos: “¡Que compren quienes puedan”! Se desentienden de la multitud hambrienta, porque según ellos haría falta una gran cantidad de dinero (“unos doscientos denarios”). Los discípulos de Jesús habrían asumido así la lógica del capital y el salario, suponiendo que cada uno ha de arreglarse con lo suyo... Pero Jesús rompe este esquema, supera la ley del mercado (“comprar”) introduciendo en la Iglesia el principio de la donación y gratuidad activa (“dar”): “Dadles vosotros... ¿cuántos panes tenéis?”. Jesús une el culto y la comunicación económica. Es el nacimiento de la Iglesia y se supera el “templo como cueva de ladrones”.

Los discípulos, ese grupo de militantes en torno a Jesús, capaz de comprender las parábolas, tiene que ponerse al servicio de la muchedumbre, ofreciendo sus panes para todos y además sirviéndolos en torno a la mesa del pan y la palabra, creadora de comunidad universal. De esta forma, la multitud de los que buscan a Jesús y tienen hambre puede convertirse en verdadera Iglesia.

POEMA

Con el aire, con tu ventana abierta entra el pobre
con sus quejas y miserias. Tiene derecho a entrar en la casa
que le plazca quien ninguna debió nunca. ¡Ni eso le dejaron!

Y tú, ¿vas a cerrar la puerta de tu casa? Jesús viene con ellos;
recuérdalo, cristiano. Aquí no hay más retórica ni pruebas leguleyas
que la de las obras, como dijo en su carta el profeta del pueblo.

Fe hipócrita, inexistente, aquella palabrera
que acostumbra cristianos 'eruditos', por oficio, por rutina...

Fe abrahámica la tuya, hermano, hermana,
que te lleva a plantar tu tienda entre los pobres.
"Jesús viene con ellos", – nos recuerdas–,
"aquí no hay más retórica ni pruebas leguleyas
que la de las obras de buen samaritano".

Y la Palabra se hizo carne. ¿Qué excusas pondremos ante ello?
Más aún, se hizo "carne de cañón", de pobre, de esclavo,
carne de cruz se hizo por los últimos, hermano.
Aquí no valen palabras ni mandangas. La carne no se dice,
se desgasta día a día trabajando por los "nadie",
para ponerla luego en el altar y comerse en cada eucaristía...

El pobre es quien importa, de él depende la vida del hombre en esta tierra:
del epulón-vampiro chupándole la sangre... o de mí,
samaritano en su camino, comunicando con él el evangelio de la vida.

NO PODÉIS DAR CULTO A DIOS Y AL DINERO

(Leyendo a E. Dussel, *Las metáforas teológicas de Marx*)

El culto cristiano exige un "producto" del trabajo. Este producto contiene "vida gastada" del trabajador, y, por ello, dicho "Pan" es ya sagrado al inicio, pues contiene, dicho bíblicamente, la sangre/vida del trabajador. "La sangre es sede de la vida y por ello propiedad exclusiva de Dios". Así pues, el producto del trabajo del hombre/mujer es sagrado y pertenece a Dios en exclusiva. Pues bien, Dios ha querido que el producto del trabajo del hombre/mujer, ofrecido en la eucaristía, sacien de vida al que trabaja y a los pobres.

Por el contrario, en la liturgia en que consiste el capitalismo se derrama "sangre" del trabajador en forma de "plusvalor", que va a parar a manos de los capitalistas en forma de ganancia. Contra este pecado capital clama la Biblia: "Al hombre le pediré cuentas de la vida de su hermano. Si uno derrama la sangre de un hombre, otro derramará la suya" (Gn 9,5-6).

Negar la negación del pobre, [es decir, luchar para que el pobre deje de serlo], pobre que en su piel sufre el pecado (en su frío, en su hambre, en su sed, en su no-casa, en su enfermedad... todo esto que padecen los pueblos periféricos del tercer mundo...), es el culto deseado por Dios: "misericordia quiero, y no sacrificios" (Mt 9,13; cf. Os 6,6).

Por el contrario, el demonio, satán, el Anticristo, vive de la vida de los pobres, y como "los príncipes de las naciones las dominan y los poderosos las oprimen" (Mt 20,25), de la misma manera las estructuras económicas hacen con los pobres:

«Estos tienen un mismo propósito, y entregarán su poder y su autoridad a la Bestia [...]. Y que ninguno pudiese comprar ni vender, sino el que tuviese la marca o el nombre de la Bestia, o el número de su nombre» (Ap 17,13 y 13,17).

Saber situarnos "económicamente" permite que alcancemos un nivel de "realidad" adecuado, donde la "religión" deviene sacramental, corporal; donde el "pan" litúrgico se transmuta realmente, en la cotidianidad de los pobres, en "pan de vida".

Pero, ¡ay amigos!, los que se sitúan en este nivel concreto, real, sufren la persecución y la muerte –como Ignacio Ellacuría y tantos otros...

«Viene la hora en que los que os asesinen se figuren que ofrecen culto a Dios» (Jn 16,2).

